

# EL DIFÍCIL DIÁLOGO

El buen padre, que ha regresado al hogar cansado del día y agotado de todos los días, sabe que antes del sueño en blanco, le aguarda una oscura y difícil tarea. Fué la mujer, que tiene sobra de tiempo para pensar y pensar, quien tomó la decisión. Era absoluta y urgentemente necesario que él tuviese un rato de conversación con el hijo, a propósito de las quejas del Colegio, o de la carta equivocada sorprendida entre las hojas del libro de Ciencias o de...cualquiera tiene donde elegir entre las mil razones que pueden mover a una madre a exigir la pronta intervención dialéctica del padre. La decisión está tomada y la han recordado varias veces en el curso de la cena las expresivas e impacientes miradas de la esposa. Al fin, ella se ha levantado, se ha escondido en la cocina, y el padre ha quedado solo, completamente solo, frente a la mirada levemente huida del hijo, que está aguardando, que a su manera también le está exigiendo consejo y palabras.

¿Qué palabras, Dios mío? Ha transcurrido mucho tiempo desde que el padre fué hijo, desde que el padre vivió su primera juventud. Las convicciones de entonces no son sus convicciones de ahora. Las antiguas emociones, que se traducían en lágrimas y risas, se han convertido en un hábito vacío de todo, las personas apenas son sombras, el alma nada más que una palabra con la que inesperadamente a veces logra resolver el crucigrama del periódico, que también está escrito con pa-

labras, pero que no sirven, no concuerdan con la situación tremenda del padre en el instante de encararse con el hijo.

Es triste dejar de ser dios. Todos los padres fueron alguna vez dioses para los hijos. Lo fueron cuando solo sus milagrosas manos lograban recuperar la pelota colgada en lo alto, cuando solo su poderoso cerebro era capaz de resolver el problema número 357, tan terriblemente intrincado. Lo fueron cuando sólo ellos eran sólidos de una manera habitual y próxima, frente a un mundo de profesores, sólidos también, pero remotos e inaprensibles, frente a un mundo de madres, prolongación de la propia piel, demasiado espejo de uno mismo para adquirir calidad de modelo, junto a una inmensa nebulosa de niños, hermanos, vacilantes y de gentes que siempre pasaban de largo. Dioses únicos indiscutidos, adorados. Como dioses, desde su pequeña colina de Sinaí, los padres podían hablar a sus hijos sin ninguna dificultad, sin experimentar inquietud alguna. Ellos aconsejaban, advertían y ordenaban porque era justo y natural, y los hijos escuchaban y atendían porque así, y sólo así, la vida adquiría un extraño y profundo sentido.

Pero el sol amaneció un día para alumbrar la más tremenda convulsión. También los dioses, los dioses de este mundo, pueden ser destronados. Nadie tiene la culpa, a veces. Las manos del hijo alcanzan ya las mismas alturas que las del padre, o el problema número 753 es demasiado compli-

cado para el padre como para el hijo. Otras veces, la maravillosa seguridad antigua desaparece tras un arranque de nervios, o una cobardía, o una injusticia. Y entonces el hijo se queda sin dios, pero el padre se queda sin hijo, y ello es más triste, de más difícil resignación. Porque el hijo, al fin y al cabo, va en camino de ser, él mismo, dios, apunta a su hombria y paternidad. Pero el padre no va en camino de ninguna parte; la línea de su vida se ha combado en una definitiva y rotunda declinación. Y es trágico ver cómo falla el único triunfo que restaba en el juego de las ilusiones. Los inconscientes se encogerán de hombros porque el partido de fútbol del domingo acapara todos los pensamientos. Los optimistas ingenuos afirmarán que la rotura viene provocada por la insobornable naturaleza del adolescente y se encogerán de alma ante la ineluctable «ley de vida». Pero los que piensan con honradez, los que procuran sentir sin ofuscación, no podrán resignarse a las respuestas fáciles. Quizá sea cierto que el hijo, por imperativos de la edad, «deba» alejarse espiritualmente del padre, pero la clave de la cuestión no es ésta. Lo que el padre siente frente al hijo no es una distancia difícil de salvar, sino un miedo imposible de vencer. Las palabras del Sinaí no sirven; se ha derrumbado el Sinaí y las llanuras no tienen eco. Y las palabras nuevas están todavía por contrastar y el padre no sabe si se encenderá de pronto en el aire un estallido de risas burlo-

nas. Perdida la fe en el trabajo como suprema virtud de la cotidianidad humana, ¿cómo hablar de entusiasmo en el estudio, de voluntad en la aplicación? Aflojados o desatados los lazos que unen a la familia para reunirla en el hogar, ¿cómo insistir en los deberes de respeto, de gratitud y de amor? ¿Cómo frenar a la carne joven y vibrante, si la propia, reseca, todavía no ha sido comprendida y orientada? Después de la humillación del destronamiento, la vergüenza de tener que reconocerlo justo y merecido. Demasiadas impresiones y demasiado hondas e íntimas para que resulte fácil, no ya la convención, sino hasta el diálogo tranquilo que sirva de guía fiel en el camino re-

cién emprendido por el hijo.

Sin embargo, por difícil que resulte, el padre debe hablar, porque el hijo lo necesita, y además, porque el padre necesita del hijo. El padre ya no es un dios; es inútil que grite y gesticule en un ridículo intento de recuperar la primacía. Las realidades humanas nunca son divinas. Son en todo caso, las posibilidades humanas las que abren camino, nunca del todo despejado, a la perfección, la divinización. Y tales posibilidades viven todavía en toda su magnífica latencia en el hijo, cuando en el padre se han ahogado, han abortado, sin ver la luz, sin realizarse. Es decir, si alguna posibilidad divina queda aún, está en el otro, está en el hijo, que no se atreve a levantar los ojos, que aparece hundido, cuando de verdad es el único que tiene todavía, aire que respirar y tierra fértil donde clavar las raíces.

Es con la conciencia de esta realidad, como el padre puede atreverse con éxito a dirigirse y hablar al hijo. No desde la cima desafiante y triunfal, ni siquiera — como ahora se estila — con la campechanía comprensiva de compañeros de desastre. No es al hijo a quien se habla, sino a uno mismo, a quien, por un milagro, se le permite volver a vivir, con todas las posibilidades intactas, con las perfecciones al alcance de la mano. Ni miedo ni orgullo; ni fracaso, ni triunfo. Esto: la admiración y la humildad ante un milagro.

Aunque las palabras podrán ser muy diferentes, la convicción íntima ha de residir en el pensamiento de que, para bien o para mal, el problema del hijo es el problema del padre, y que la salvación ha de ser cuestión de ambos a la vez. No se preguntará. ¿«Qué puedo hacer con este desgraciado? Sino: ¿«Cómo puedo aprovechar mi experiencia para que esta nueva vida que se nos ha dado resulte más productiva que la primera?»

Entonces las palabras vendrán a los labios y los ojos del hijo se atreverán a buscar los del padre y nacerá en ellos una luz de comprensión y amor, de calor y fe, que es en última instancia, aquello por lo que el padre ha luchado siempre en nombre propio y en nombre del hijo. Y el diálogo será posible, y aún fácil.

M. González Olivella

**30 años ha**

Semana del 18 al 24 de  
Mayo de 1924.

El martes, día 20, se celebró el tradicional aplec de

San Baudilio. La parte musical del acto corrió a cargo de la Orquesta Figueras. Con tal motivo fueron en buen número los guixolenses que se trasladaron a la ermita del Santo. El tiempo se mostró espléndido.

Entre dos selecciones del Ateneu Deportiu, se jugó el pasado domingo un interesante partido de fútbol que fué seguido con mucho interés por el numeroso público que acudió a presenciarlo. A destacar, la actuación de los jugadores: Román, Perich, Serra, Prujá, Romaguera, Miró, Pujol, Maimí, Sánchez, Buxó, Carreró y como excelente, Coll y Berga.

A partir del próximo domingo, día 25, la Rambla Vidal, trozo comprendido entre las calles de la Rutlla y Mayor, quedará convertida en mercado para la venta de tejidos, utensilios diversos y todo cuanto no afecte al ramo de la alimentación. Tendrá vigencia únicamente los domingos.

La compañía dramática Daví-Vila puso en escena con señalado éxito la obra «Currito de la Cruz», novela de Pérez Luguín, escenificada por Linares Rivas. — I. M.